

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

2ª Lectura (1 Cor. 2, 6-10)



“Dios predestinó la sabiduría antes de los siglos para nuestra gloria”

«Hermanos: Hablamos, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este mundo, que quedan desvanecidos, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido, pues si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Sino como está escrito: “Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman.”

Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu, y el Espíritu todo lo penetra, hasta la profundidad de Dios.» (1 Cor. 2, 6-10).

“Hablamos, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este mundo”: Los hombres de Dios (*“perfectos”*) poseen un lenguaje divino (*“no es de este mundo”*): el lenguaje del evangelio. Poseen una sabiduría revelada por el Espíritu Santo. No se puede alcanzar con las luces de la razón, sino con las luces que vienen de Dios.

La expresión *“entre los perfectos”* viene a designar propiamente a los cristianos formados que ya han salido del estado de iniciados. Éstos valoran la sabiduría humana y divina en su justo valor. No se desprecia cualquier sabiduría humana, no, sino la sabiduría humana con pretensiones trascendentes sobrenaturales y opuestas al Evangelio de Cristo Jesús. Los *“perfectos”* son los que ya han llegado a la madurez religiosa, han superado la fase infantil:

*«Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a **niños en Cristo**. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podíais soportar. Ni aun lo soportáis al presente; pues todavía sois carnales.» (1 Cor. 3, 1-3).*

S. Pablo, que vive inmerso en la sabiduría divina, entiende que es nada la sabiduría humana. Por el contrario, quien vive inmerso en la sabiduría mundana, entiende que es nada la sabiduría divina. ¿Quién tendrá razón? ¿Adán, o Dios? ¿Tú, o nuestro Creador?

La predicación apostólica es de una sabiduría que no surge de este mundo, sino que es celeste, divina. Pero cuando S. Pablo utiliza la expresión *“este mundo”* suele referirse a los que viven segregados de Dios.

“Ni de los príncipes de este mundo”: Esta sabiduría (sápere), que consiste en saborear, amar a Dios, no es de los *“príncipes de este mundo”*; es decir, no es de las potencias perversas extramundanas y sus secuaces visibles intramundanos: las autoridades humanas puestas al servicio del mal (sanedrín, Herodes, Pilato, Anás, Caifás, Judas, etc.).

Se dan diversas interpretaciones a los *“príncipes de este mundo”*:

1. Grandes del mundo:

*«¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos **sabios** según la carne ni muchos **poderosos** ni muchos de la **nobleza**.» (1 Cor. 1, 26).*

*«Hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los **príncipes de este mundo**.» (1 Cor. 2, 7-8).*

Parece que S. Pablo se refiere a este gremio de personas, a los filósofos y a los considerados como sabios de este mundo ignorante de Dios, pero fundamentalmente a los escribas y fariseos que terminaron matando a Dios.

2. Espíritus malos:

*«Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los **ángeles** ni los **principados** ni lo presente ni lo futuro ni las **potestades** ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro.*» (Rom. 8, 38-39).

*«Él (Dios) nos libró del **poder de las tinieblas** y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor.» (Col. 1, 13).*

3. Potencias políticas:

Cualquiera de los poderes regios de este mundo, que frecuentemente no han hecho otra cosa que masacrar a sus ciudadanos.

«He aquí el fuero del rey que va a reinar sobre vosotros. Tomará vuestros hijos y los destinará a sus carros y a sus caballos y tendrán que correr delante de su carro. Los empleará como jefes de mil y jefes de cincuenta; les hará labrar sus campos, segar su cosecha, fabricar sus armas de guerra y los arreos de sus carros. Tomará vuestras hijas para perfumistas, cocineiras y panaderas. Tomará vuestros campos, vuestras viñas y vuestros mejores olivares y se los dará a sus servidores. Tomará el diezmo de vuestros cultivos y vuestras viñas para dárselo a sus eunucos y a sus servidores. Tomará vuestros criados y criadas, y vuestros mejores bueyes y asnos y les hará trabajar para él. Sacará el diezmo de vuestros rebaños y vosotros mismos seréis sus esclavos.» (1 Sam. 8, 11-17).

4. Imperio romano:

Hay quienes dicen que San Pablo no considera el imperio romano como potencia enemiga, sino más bien como medio idóneo para la propagación del evangelio de Cristo Jesús. Pero no

se entiende, después de lo que pasó con Pilato, que S. Pablo tenga una concepción romana tan encomiable. Si lo romano favorece la propagación del evangelio, también podemos decir que Herodes favoreció el camino de los magos hacia Belén.

“Que quedan desvanecidos”: Están abocados a la ruina por la sabiduría de la cruz, que no pueden aceptar en el tiempo presente, y por la necesidad de la condenación en la eternidad.

¡Pobre mundo! ¡No puede aceptar sino la estupidez y la locura! Pero la realidad es que el poder del Mesías acabará con todos los poderes adversos al evangelio, fundamentalmente acabará con Satanás y con todo el poder del infierno.

Las potencias que gobiernan este mundo, que se creen poderosas e invencibles, quedan cerradas a la sabiduría divina, y, por tanto, sumidas en la más pavorosa ignorancia, la cual superaron con creces los humildes de la tierra:

*«Desplegó la fuerza de su brazo, **dispersó a los que son soberbios** en su propio corazón. **Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes.**» (Lc. 1, 51-52).*

“Sino que enseñamos una sabiduría divina”: La sabiduría de S. Pablo, del Evangelio, de la Iglesia, es infinitamente superior a la pretendida sabiduría mundana, pues ésta es la “*sabiduría divina*”.

Entre la sabiduría divina y la humana hay la misma distancia que entre el Creador y la criatura.

“Misteriosa”: Es tan inalcanzable la sabiduría divina, que queda oculta en el misterio, aunque revelada a los sencillos:

*«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque **has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños.**» (Mt. 11, 25).*

El mayor ocultamiento de esta sabiduría divina está patente en el candelero misterioso de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Demasiada luz: ciega la mente mundana, ofusca el espíritu tenebroso...

La sabiduría “*misteriosa*” puede tener también un sentido objetivo, es decir, el objeto de la sabiduría es el misterio de Dios encarnado.

“Escondida”: Da la impresión de que S. Pablo, con la mención a la sabiduría “*escondida*”, alude a la revelación antigua, pero que continúa presente desarrollando su tarea en el presente.

Después de toda la predicación de Cristo Jesús, de la revelación del Evangelio, de la predicación apostólica y de toda la Iglesia, la sabiduría divina continúa “*escondida*” al mundo y a los cristianos que no han llegado al estado de “*perfectos*”.

“Predestinada por Dios antes de los siglos”: La sabiduría divina está predestinada desde toda la eternidad para ilustración de los hijos de Dios. Se refiere fundamentalmente al proyecto salvador traído por Cristo Jesús con su encarnación, predicación, pasión, muerte, resurrección y sesión a la derecha del Padre.

“Para nuestra gloria”: La acción de Dios en el hombre “*perfecto*” lo penetra de la gloria divina, que se trasluce en el tiempo a la luz de la perfección sobrenatural, pero que tiene su fuente en el bautismo y su consumación en la resurrección de entre los muertos.

Esta sabiduría no descansa en todos los hombres para su gloria, sino sólo en los cristianos “*perfectos*”: “*nuestra gloria*”, la de S. Pablo y la de todos los miembros “*perfectos*” de la Iglesia de Cristo Jesús.

“Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido”: Ni la “*sabiduría misteriosa*” proviene de los “*príncipes de este mundo*” como de su causa eficiente, según había indicado S. Pablo más arriba; ni tampoco la conocen, como indica ahora: no la conocen ni en cuanto a su esencia, ni tampoco en cuanto a su existencia.

«LOS QUE PERSISTEN EN NO CREER

Pablo llamó príncipes de este mundo a Pilato, Herodes, Anás, Caiás y los demás príncipes de los judíos. Dice que éstos desconocían el misterio divino y por eso crucificaron al Señor... Es por eso por lo que el Señor les consideró dignos de perdón. Sin embargo, tras la resurrección de entre los muertos, la ascensión a los cielos, la venida del Espíritu Santo y toda clase de milagros de los apóstoles, entregó al tormento a

quienes permanecían en la increencia.» (TEODORETO DE CIRO, Interpretación a la Primera Carta a los Corintios; PG 82, 241).

“Pues si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria”: Así de nefasto es el naturalismo, el humanismo..., la sabiduría de este mundo: mata a Dios. Pero el mundo jamás aprenderá la lección. Lleva engendrada en sus entrañas la corrupción del Malvado. ¡Renuncia al mundo, querido hermano!

¿Mundo y Dios? —¡Imposible!: El mundo mata a Dios en un acto suicida, y Dios mata al mundo en un acto conservador de la paz. Si el mundo pudiera conocer a Dios, no lo habría matado, pues de Él procede la salvación. Pero si los príncipes de las tinieblas hubieran conocido a Cristo Jesús, tampoco hubieran promovido su crucifixión, pues por ella se salvan los hombres. La sabiduría de Dios está en hacer la redención desde el candelero de la cruz sin que se pecatasen los unos y los otros de su plan salvador.

No es indiferente el que tú seas del mundo o el que seas de Dios. Lo mundano conduce a la perdición, lo divino conduce a la salvación.

Al que el mundo crucificó y sigue crucificando, lo predica S. Pablo como *“Señor de la gloria”*. La expresión está reservada en el Antiguo Testamento a Dios creador en oposición a los falsos dioses de los paganos. La realidad histórica ha venido a descubrir que no hay diferencia entre paganos y sanedritas a la hora de valorar a Cristo Jesús, al que no reconocieron unos y otros como Dios y Señor del tiempo y de la eternidad.

“Sino como está escrito: “Ni el ojo vio”: No vio ojo alguno el misterio de Dios, porque Dios no es un color, objeto de la vista. Dios está por encima de todo color creado y lo trasciende todo.

“Ni el oído oyó”: No oyó oído alguno el misterio de Dios, porque Dios no es sonido, objeto del oído. Dios está por encima de todo sonido creado y lo trasciende todo.

“Ni el hombre puede pensar”: No pensó entendimiento humano alguno el misterio de Dios, porque Dios no es pensamiento natural, objeto del pensamiento humano. Dios está por encima de todo pensamiento

creado y lo trasciende todo. Lo que de Dios puedas pensar no es Dios, pero lo que de Dios puedas creer sí es Dios.

“Lo que Dios ha preparado para los que lo aman”: S. Pablo tiene presente con estas expresiones de los sentidos naturales del hombre al profeta Isaías:

«Nunca se oyó. **No se oyó decir, ni se escuchó, ni ojo vio a un Dios, sino a ti, que tal hiciese para el que espera en él. Te haces en contradicción de quienes se alegran y practican justicia y recuerdan tus caminos.**» (Is. 64, 3-4).

Puedes predicar que “lo que Dios ha preparado para los que lo aman” es el mismo Dios, pero ¿qué se entiende por esto? Es tan demasiado su contenido, que no se entiende cosa alguna.

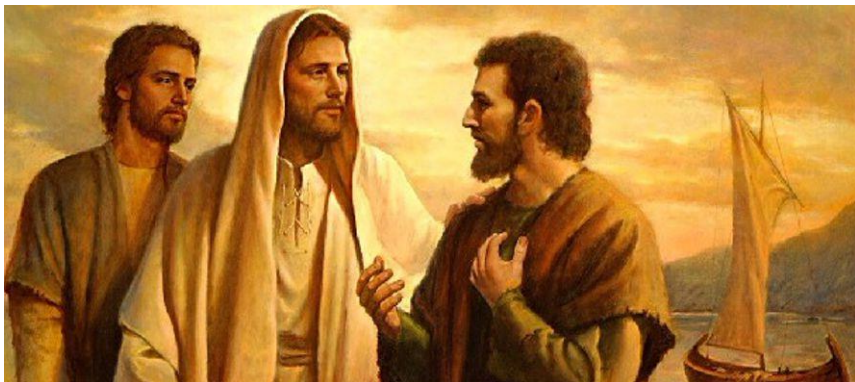
“Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu”: Lo que ni el cristiano más “perfecto” puede llegar a conocer del misterio de Dios, lo conoce porque el Espíritu de Dios se “lo ha revelado”. Aquí se marca la diferencia entre el cristiano y el mundano. El mundano (los grandes de este mundo) se queda ayuno del misterio de Dios, porque Dios no se le puede comunicar mientras no deserte de este mundo.

“Y el Espíritu todo lo penetra”: Por tanto, por la sabiduría de los cristianos, que están abiertos a la revelación del Espíritu de Dios, son introducidos sin limitaciones en una ciencia divina que lo trasciende todo.

En Cristo Jesús, Cabeza de su Cuerpo Místico, estás inmerso en el seno de la Santísima Trinidad. Donde está el Verbo encarnado, estás tú. ¿Puedes penetrar en mayor intimidad divina?

“Hasta la profundidad de Dios”: Lo más propio de Dios: su esencia y su substancia, su naturaleza y sus personas, han quedado abiertas a ti gracias a Cristo Jesús, Salvador y Redentor.

3ª Lectura (Mt. 5, 17-37)



“Se dijo a los antiguos..., pero yo os digo”

«En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: [No creáis que he venido a abolir la ley o los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el Reino de los cielos.] Pero quien los cumpla y enseñe, será grande en el Reino de los cielos.

Os lo aseguro: si no sois mejores que los letrados y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos.

Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matarás, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: todo el que esté peleado con su hermano será procesado. [Y si uno llama a su hermano “imbécil”, tendrá que comparecer ante el sanedrín, y si lo llama “renegado”, merece la condena del fuego.

Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito procura arreglarte en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto.]

Habéis oído el mandamiento: “No cometerás adulterio”. Pues yo os digo: el que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero

con ella en su interior. [Si tu ojo derecho te hace caer, sácatelo y tíralo. Más te vale perder un miembro que ser echado entero en el abismo. Si tu mano derecha te hace caer, córtatela y tírala, porque más te vale perder un miembro que ir a parar entero al abismo.

Está mandado: “El que se divorcie de su mujer, que le dé acta de repudio”. Pues yo os digo: el que se divorcia de su mujer –excepto en caso de prostitución– la induce al adulterio, y el que se case con la divorciada comete adulterio.]

Sabéis que se mandó a los antiguos: “No jurarás en falso” y “Cumplirás tus votos al Señor”. Pues yo os digo que no juréis en absoluto: [ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, que es estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del Gran Rey. Ni jures por tu cabeza, pues no puedes volver blanco o negro un solo pelo]. A vosotros os basta decir sí o no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno.» (Mt. 5, 17-37).

“[No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas”: Jesús tiene que prevenir a sus discípulos para borrar de sus mentes todas aquellas doctrinas judías que pudieran ser usadas por el diablo contra su modo de proceder, tan sumamente distante de lo que habían aprendido sus discípulos de los maestros judíos. Lo que sí va a abolir Jesús son las manías judías insertas junto a la Ley y los Profetas.

Ya es doloroso que Jesús tenga que defenderse previamente y no sea suficiente para ti y para mí su autoridad divina para aceptar a rajatabla todo lo que quiera proponerte: ¡tan mezquino es el corazón humano!

Por otra parte, el proceder de Jesús es también lección divina para sus discípulos, que deben condescender con la mezquindad humana y prevenir la doctrina que enseñan a los fieles, pues esa doctrina ofrece sus dificultades a la hora de asumirla y llevarla a la vida.

Jesús establece aquí la relación que hay entre la Ley Mosaica Antigua y la Ley Nueva de la Gracia, es decir, la de su doctrina, la de su Evangelio.

«Jesús no viene a destruir la Ley (Dt. 4, 8+) (y toda la economía antigua) ni a consagrarla como intangible, sino a darle con su enseñanza y su modo de actuar una forma nueva y definitiva, en la que por fin se realiza en plenitud aquello hacia lo que la Ley conducía (cf. Mt. 1, 22+;

Mc. 1, 15+)... *No se trata tanto de aligeramiento como de profundización (11, 28).*» (Nota de la BIBLIA DE JERUSALÉN).

Enderezar los ánimos de las gentes hacia la perfección produce no sólo sorpresa, sino también sospecha en el hombre no avisado. Por este motivo desbloquea Jesús en sus discípulos esta posible tensión desconcertante: “*no penséis que...*”.

“No he venido a abolir, sino a dar plenitud”: Jesús perfeccionará la Ley Antigua, que no era más que sombra de la Nueva Ley de la Gracia:

«Todo esto les acontecía en figura, y fue escrito para aviso de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos.» (1 Cor. 10, 11).

Jesús perfecciona también la Ley Antigua, mereciendo para ti con su vida y dándote sus gracias abundantes para que puedas cumplirla:

«Pues lo que era imposible a la ley, reducida a la impotencia por la carne, Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el espíritu.» (Rom. 8, 3-4).

Jesús cumplió a la perfección la Antigua Ley, la cual quedó abrogada (absorbida), en cuanto que sus ritos eran meras figuras y sombras de realidades que habían de establecerse en el Reino Mesianico. Estas figuras y sombras estaban, por lo tanto, destinadas a desaparecer una vez que llegase la realidad con la fundación de la Iglesia de Cristo Jesús.

«LA PASIÓN DE JESÚS CUMPLIMENTÓ LA LEY

Consumando Él mismo lo que estaba escrito de Él en la ley y los profetas. Por eso, una vez que bebió el vinagre que se le ofreció en la cruz, dice: “Está cumplido [consumado]” (Jn. 19, 30), para mostrar de forma evidente que se habían cumplido todas las cosas que estaban escritas sobre Él en la ley y los profetas, incluso que iba a beber vinagre. Da cumplimiento en todo a la ley al completar con el sacramento de su pasión el misterio de la pascua o del cordero, mostrado antaño en figura. Por lo que dice el Apóstol: “Nuestra pascua inmolada es Cristo” (1 Cor.

5, 7).» (CROMACIO DE AQUILEYA, Comentario al Evangelio de Mateo, 20, 1, 1-2; CCL 9A, 291).

Alcanza ahora el hombre su “plenitud”, no en el proyecto fracasado de Adán, sino en el nuevo proyecto traído por Cristo Jesús, su misma vida divina, de la que participa en plenitud.

“*Os aseguro*”: Esta fórmula sintética es como un juramento que enfatiza lo que va a decir ahora Jesús a sus discípulos.

“*Que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra (i = ἰῶτα) o tilde (κεφαλαί) de la Ley*”: Si los hombres de la Antigua Alianza no llegaron a cumplir toda la Ley de Moisés, Jesús la cumple hasta el más mínimo detalle preceptuado. Por otra parte, Jesús impone su autoridad omnipotente, la cual le lleva a asegurar el cumplimiento de sus vaticinios para el futuro. Jesús cumple con el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Es más fácil que deje de existir cielo y tierra, que Dios deje de ser fiel; pues no hay *imposibilidad* de que cielo y tierra se desintegren, pero es *necesario* que Dios sea fiel, es propiedad ontológica de su esencia divina. De aquí que Dios cumpla siempre lo que dice, hasta la menudencia expresada en una simple “tilde” de una letra del abecedario.

Jesús se toma las cosas en serio: no es “sí” hoy, y “no” mañana. No, Jesús es Dios y, como tal, su fidelidad vive anclada en las profundidades de la inmutable divinidad. Dios es siempre “sí”.

Tú, mi querido hermano, estás hecho a imagen de Dios; por tanto, tú también debes vivir con esa fidelidad cristiana en todo, de lo contrario estarías obrando contra natura, pues en el código de tu ser natural está impresa la imagen de fidelidad divina.

“*El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes*”: Parece una advertencia exigente de Jesús, pero en realidad no dice nada que no sea debido a tu ser natural humano. El desprecio a un precepto pequeño supone desprecio al Legislador divino, lo cual es muy lamentable.

“Y se lo enseñe así a los hombres”: Es la psicología del mediocre, del tibio, del vomitivo... Es la patraña del que introduce doctrinas llamativas y novedosas:

«Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades.» (2 Tim. 4, 3).

El pobre pecador que entabla una relación de paz con sus propios pecados, por pequeños que sean, acaba miserablemente destruido; pero, además, como no puede llevar con inocencia su vida pecadora, entonces se vuelve hacia los que sí buscan una vida santa para sí y los invitan a vivir como ellos viven en sus miserias, alegando que es de madurez humana asumir ciertas desviaciones doctrinales, pero que consideran avanzadas. ¿Y esta es toda la pedagogía del mundo?

“Será el menos importante”: No es sin importancia lo menudo de la Ley: sería obrar contra la Ley. Esto es lo que especifica al santo del mediocre. El cumplimiento o incumplimiento de lo pequeño establece esas macro-diferencias celestes que Jesús predica como premio al esforzado y que ya vemos escenificadas en la fase terrestre de la Iglesia como micro-diferencias alarmantes.

“En el Reino de los cielos”: Es posible que aquí, en este suelo terreno y temporal, adquiera mucho prestigio el corazón mediocre y mezquino por su favor en pro de lo mundano, pero a los ojos de Dios carece de valor una vida vomitiva, y se le anuncia que su realidad quedará patente al pasar las fronteras del tiempo hacia la eternidad.

La realidad celeste es la única realidad por la que merece la pena realizarse en esta realidad transitoria y temporal. Lo que has de vivir para siempre es lo celeste, no lo terrestre; aunque lo terrestre tiene repercusiones celestes definitivas.

«Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra.» (Col. 3, 1-2).

“Pero quien los cumpla y enseñe, será grande”: Santo no es el que hace grandes cosas, sino el que hace hasta las cosas más pequeñas a lo grande. Aquí no llega el tibio vomitivo (cf. Ap. 3, 16).

Santo es el que huye de lo grande para hacerse grande en lo que todos desprecian como nada. Por eso aman el ocultamiento: están muy ocupados en cumplir hasta la *“última yota y tilde de la Ley”*. Por eso su amor es puro. No tienen tiempo para nada, pues ya viven de eternidad.

Este verso es un estímulo para animarte a la santidad, que se halla en las cosas ordinarias de cada día, aunque hechas esas cosas de modo nada ordinario, es decir, hechas con profundidad de amor.

Enseñar a guardar los preceptos pequeños proviene no sólo de un magisterio verbal, sino también de una docencia práctica, ejemplar: decente y decente, es decir, de una vida irreprochable.

“En el Reino de los cielos”: La repetición de esta frase, *“en el Reino de los Cielos”*, desengaña de un grave engaño en el que vive el hombre no avisado, e inclinado a los reinos de la tierra. Lo de aquí abajo es apariencia engañosa de realidad, pero deja de ser engañosa esa apariencia engañosa cuando te acercas a la luz del evangelio de Cristo Jesús. La realidad que vivirás eternamente es celeste, no terrestre.

“Os lo aseguro”: Por segunda vez en este pasaje reitera Jesús esa especie de juramento, que sobreenfatiza la doctrina que está impartiendo a sus discípulos.

“Si no sois mejores que los letrados y fariseos”: Los letrados (escribas) y fariseos enseñaban y exigían mucho la observancia de la ley y de numerosas prescripciones añadidas por los antepasados, que como cargas pesadas imponían al pueblo sencillo, pero que ellos ni siquiera tocaban con uno de sus dedos:

*“En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen. **Atan cargas pesadas** y las echan a las espaldas de la gente, pero **ellos ni con el dedo quieren moverlas.**» (Mt. 23, 2-4).*

Los “*letrados y fariseos*” querían que la gente los tuviera por justos y observantes de la ley, cuando en realidad estaban interiormente llenos de vicios y rapiñas: hipocresía, soberbia, codicia, odios... Jesús enseña que aquella justicia amañada y de apariencia externa no tiene valor alguno para acceder al Reino de los Cielos. Aunque lo más terrible es que no sólo no entraban, sino que tampoco querían entrar en el Reino ofrecido por Jesús, al que rechazaron colgándolo de un madero.

Es necesario depurar esta hipocresía cumpliendo de corazón las prescripciones de la Nueva Ley, no las prescripciones del judaísmo reinante y decadente. Estas prescripciones judías mataban la capacidad de amor en las fuentes de la vida, al paso que las prescripciones cristianas abren las compuertas del amor:

«*“Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí”, como dice la Escritura: **De su seno correrán ríos de agua viva**. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él.*» (Jn. 7, 37-39).

“No entraréis en el Reino de los cielos”: Parece una nota desagradable, poco conveniente para disponer los ánimos del auditorio, que debe ser agasajado y colmado de serena y cierta seguridad eterna. Sin embargo, Jesús no va por aquí. Se aleja de ese camino trillado de los embaucadores que se llaman “*optimistas*”, que dicen ver el lado bueno de las cosas, que dicen tener una apreciación positiva de la existencia..., pero que en realidad no son más que baratos demagogos.

En fin, para qué seguir acumulando sofismas diabólicos que están marcando a fuego las almas de nuestros fieles cristianos. No seamos nosotros de estos impíos negadores de un fuego que abrió su boca para tragarnos vivos, por el pudor de sentirse “*pesimista*” en la apreciación de la historia.

El sofisma consiste en que el llamado “*optimista*” es un iluso pseudo-cristiano impío, que viendo el peligro eterno de las almas las precipita en el abismo; al paso que el mal llamado “*pesimista*” no es más que un “*realista*” que ha tenido ojos en la cara para ver que la realidad moral de nuestro mundo es “*pésima*”, y así la define, por su nombre.

El error está en meter en el mismo saco al que ciertamente es “*pesimista*” con el “*realista*”. El “*realista*” está abierto a la esperanza y tra-

baja para sacar al hombre de su postración y elevarlo a las alturas evangélicas de la “última yota o tilde de la Ley”, al paso que el “pesimista”, que también los hay en la realidad, queda atrapado en la desesperanza como si Dios no tuviera poder para sanar nuestro mundo:

«¿Acaso se ha vuelto mi mano demasiado corta para rescatar o quizá no habrá en mí vigor para salvar?» (Is. 50, 2).

“Habéis oído que se dijo a los antiguos”: En las sinagogas se leía y explicaba la ley que contenía el decálogo recibido por Moisés en el monte Sinaí (cf. Éx. 20, 13; Deut. 15, 7; Lev. 24, 17).

No dice Jesús: “Yo os dije en el Sinaí”, sino que de modo impersonal dice: “habéis oído que se dijo”. La razón está en que el auditorio podría ver una contradicción en el mismo Dios, pero, por otra parte, alarmaría demasiado pronto a los enemigos viendo que Jesús se atribuye la autoría del Sinaí.

De todos modos, 2000 años después del Sinaí, ¿no podríamos ver una rectificación del Decálogo Sinaítico? –No. Lo que sí ocurre es que Dios da un paso más: si el pueblo salvaje del desierto no podía con finuras morales, ahora Jesús no transige y lleva a la perfección la ley del amor. Por tanto, es válido el precepto antiguo, pero también lo es el añadido por Jesús en este momento.

“No matarás”: El dueño de la vida es Dios. El hombre no tiene en sus manos los destinos de la vida del hombre. La ansiosa pretensión peregrina y letal, proveniente de las cavernas, perdura todavía hoy en mentes obtusas y corazones depravados, que necesitan dañar para satisfacer sus ansias de matar: aborto, eutanasia, guerras.... ¿Por qué? –Porque hay en ellos un principio diabólico que apetece la muerte:

«Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él.» (Jn. 8, 44).

“Y el que mate será procesado”: Toda ley, para ser perfecta, debe ser punible. En el caso del homicidio la pena será la condena, no la absolución de la pena. Pero en la doctrina de Jesús la fuerza se pone en el paso

previo al homicidio, que es el odio interno, el resentimiento, la oposición interior contra el hermano:

“Pero yo os digo”: Jesús habla como legislador supremo. Se atribuye a sí mismo la misma autoridad con la que Dios dio a los israelitas su ley antigua en el Sinaí.

No se opone Jesús a lo establecido en la ley antigua, no vive al margen de esta realidad, ni se queda por debajo de Moisés. Jesús lleva a la perfección todo precepto.

Y si Jesús dice y hace, es porque puede decirlo y hacerlo, porque es más que Moisés, porque es el mismo que inspiró a Moisés el decálogo.

“Todo el que esté peleado con su hermano será procesado”: No es preciso llegar al homicidio para ser procesado y condenado como culpable. A Dios también le hiere la pelea, el enfado y cualquier brote interior contra el amor del prójimo. Atajando muy de lejos la confrontación contra el hermano, no se llegaría jamás al homicidio, pero si se transige con los primeros movimientos de desamor internos, poco a poco se va cayendo hasta llegar a lo peor:

«El que desprecia las cosas pequeñas, **poco a poco caerá.**» (Si. 19, 1).

“Y si uno llama a su hermano «imbécil», tendrá que comparecer ante el sanedrín”: El insulto propuesto por Jesús “*ῥακά* (vacuo, estúpido, imbecil)” es siempre punible:

«LA LIGEREZA DEL INSULTO

“Todo el que llame *raca* (es un insulto sinónimo de vacío de cabeza o necio) a su hermano será reo de juicio”. Necio es un insulto perteneciente a la inconstancia. Quien ofende a uno lleno de Espíritu Santo llamándole necio, se hace culpable ante la asamblea de los santos y deberá sufrir el castigo de los jueces santos por el ultraje hecho al Espíritu Santo. “Y el que llame **fatuo** a uno, será reo del fuego del infierno”. Es exponerse a una tremenda impiedad ofender al que Dios ha llamado sal, diciendo para ofenderlo que es un insensato, y exasperar la inteligencia que confiere la sal a las realidades insensatas, considerándola, como insulto, que es una inteligencia insensata. Así es como se alimenta el fuego eterno. Por tanto, todo lo que la Ley no ha condenado, aunque se trate

de acciones, lo condena la fe del Evangelio por culpa de la ligereza en el insultar, aunque sólo sea con palabras.» (S. HILARIO DE POITIERS, Sobre el Evangelio de Mateo, 4, 17; SC 254, 136).

“Y si lo llama «renegado»”: El otro insulto propuesto por Jesús es “μωρὲ (fatuo, necio, impío, ateo, renegado)”. Es también punible siempre.

El estilo es evidentemente parabólico. Los términos jurídicos (procesado, sanedrín, condena de fuego) se emplean aquí para expresar una sanción severa en el orden espiritual.

“Merece la condena del fuego”: La gehenna (γέεννα) era un valle al lado de Jerusalén donde antiguamente los israelitas habían sacrificado víctimas humanas al dios Moloc:

«Profanó el Tofet del valle de Ben Hinnom, para que nadie hiciera pasar por el fuego a su hijo o a su hija en honor de Mólek.» (2 Rey. 23, 10; cf. Jr. 7, 31).

De aquí que más tarde los judíos mirasen con horror este sitio, en el que arrojaban y quemaban las inmundicias de la ciudad. El fuego que allí ardía continuamente era símbolo del infierno, que se designaba frecuentemente con este nombre de gehenna en los Evangelios.

Jesús enseña de una manera popular que no sólo los crímenes externos, sino también las ofensas de palabra (dígase lo mismo de los pecados internos no expresados al exterior) deben omitirse, pues merecen gravísimos castigos, y muy superiores a los que imponían los tribunales a los homicidas.

“Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti”: Con rencor no es posible vivir en amor. La pretensión de activar el amor de Dios llevando en el corazón rencor hacia el hermano es un movimiento contrapuesto e incompatible con el amor.

Supuesta esta realidad natural de incompatibilidad entre el odio y el amor, existe otra realidad sobrenatural basada en la naturaleza divina, que es puro amor. Y así como no es compatible la tiniebla con la luz, así

tampoco lo es el odio con el amor, es decir, no es compatible el hombre airado, con el amor que se le debe al amoroso Padre que está en los cielos.

“Deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano”: Consecuencia de la severa doctrina anterior es que todo cristiano, perteneciente a la nueva economía de la gracia, debe trabajar denodadamente para vivir en paz con su hermano. Y si surge alguna diferencia con el prójimo, debe arreglarse con él de inmediato y conseguir la reconciliación fraterna.

Hasta tal punto es importante esta doctrina, que no duda Jesús en sobreponerla por encima del culto religioso: *“deja allí tu ofrenda”*.

El amor sobrenada por encima de todas las virtudes, aunque éstas lo sustentan.

«PERDONAR ANTES QUE PREGUNTAR.

Y no me salgas con que “él me ofendió a mí y no yo a él. Él debe disculparse conmigo, no yo con él”. Si por la gloria de tu salvación el Señor te ordena recomponer la amistad, como tú has sido el ofendido, tú debes disculparte, y así conseguirás una doble merced: En primer lugar, porque tú has sido el ofendido, y segundo, porque tú te has disculpado el primero. Porque si tú ofendes a alguien y le pides perdón, el Señor perdonará tu ofensa, por ser tú el primero en pedir perdón. Pero si alguien ha obrado mal contigo y tú eres el primero que te disculpas, tú tendrás una gran recompensa. Corre pues a ser el primero en reconciliarte. De otra manera, si tú te demoras, él puede adelantarse en la disculpa y puede arrebatar de tus manos la recompensa del amor. Si él te ofendió y te pidió perdón, tu amistad es infructuosa. ¿Qué justicia tendrás ante el Señor si te apaciguaste por recibir una disculpa? Ciertamente el Señor, no queriendo tu humillación, te ordena que seas el primero en disculparte, para ofrecerte la gloria de la humildad.» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 11; PG 56, 692).

“Y entonces vuelve a presentar tu ofrenda”: Es ahora cuando tu ofrenda será acepta a Dios. Sólo así evitarás el escollo cainita:

*«Yahveh miró propicio a Abel y su oblación, mas **no miró propicio a Caín y su oblación**, por lo cual se irritó Caín en gran manera y se abatió su rostro.» (Gén. 4, 4-5).*

“Con el que te pone pleito procura arreglarte en seguida, mientras vais todavía de camino”: Reparar las desavenencias surgidas con el hermano no es acontecimiento que se pueda demorar.

“No sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil”: Se impone reparar de inmediato la injuria inferida, antes que el proceso llegue al juez; porque el día que seas procesado, si te hallas con deuda, el juez dictaminará tu castigo.

“Y te metan en la cárcel”: La intención de Jesús es clara: poner al hombre en su sitio, que es el amor y la paz con todos, no “en la cárcel”.

Pero no se consigue este precioso fin exigiendo unos pseudo-derechos en relación con el hermano. Luego, renuncia a todo, pide perdón a tu hermano, aunque seas inocente, y conseguirás el amor y la paz. Quien pretenda establecer otro orden, está ya despreciando preceptos cristianos.

“Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto”: Mientras vives es tiempo de pedir perdón, después es tarde, es la inmovilidad eterna. Allí se pagan las deudas, no se perdonan. Si la deuda es infinita, la cárcel es el infierno eterno. Si la deuda es limitada, la cárcel es el purgatorio temporal.

Es en el tiempo donde se despliega la *misericordia* a raudales, después es la *justicia* la que ostenta la balanza.

“Habéis oído el mandamiento: «No cometerás adulterio»”: Se refiere aquí en este precepto sexto de la Ley de Dios a los actos externos, que Jesús los extenderá a continuación también a los internos.

“Pues yo os digo”: Pareciera que Jesús le está enmendando la plana a Moisés, incluso al mismo Dios del Sinaí, como si contrapusiese su persona a la persona divina del Sinaí, pero no es así, sino que Jesús a quien enmienda la plana es a las gentes, que tendían a minimizar el precepto de la castidad, fundamentalmente en los instructores del pueblo de Israel.

“El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior”: La extensión del sexto precepto del decálogo a los actos internos es una condenación expresa de la voluntad inclinada al

mal. El pecado ya fue consumado en la voluntad antes de ser consumado en la ejecución. Con esto Jesús condena explícitamente todo movimiento carnal consentido, por insignificante que parezca. La parvedad de materia (como ocurre con la fe) en esta materia siempre es grave materia.

Con esta doctrina cristiana nuestro mundo actual recibe una cósmica condenación. He aquí que lujuria y mundo se han convertido en términos convertibles. Nuestros pulmones renunciando al oxígeno, ahora respiran lujuria, impudicia, adulterio, fornicación, pornografía, incestos, pederastias, lesbianismos, homosexualismos, desnudos y todo tipo de demonios, víboras y serpientes venenosas. ¿Es que ya no sirve la doctrina de Jesús? ¿Tampoco queda en pie el Sinaí?

Modernamente han aparecido dos monstruos de la gangrena moral universal, surgidos de la Escuela de Frankfurt, Herbert Marcuse y Erich Fromm. Ambos han querido enmendarle la plana al mismo Dios. Sus intenciones van orientadas hacia la destrucción de la familia y el fomento del desenfreno sexual y homosexual. Aunque a la Internacional Socialista le horrorizó en un principio tamaña inmoralidad, como le venía bien para su propósito expansivo de la descomposición de la sociedad, adoptaron estos dos engendros del diablo.

Desde la segunda mitad del siglo XX, la permisividad sexual desordenada se ha implantado a través del cine, la televisión, la radio, la prensa, internet, propaganda... Bueno, yo diría que más bien se ha *exigido*, porque aquí no hay libertad, sino imposición tiránica dictatorial y represiva contundente. Hasta tal punto presionan los corruptores sociales institucionalizados, que han llegado a conseguir que se cambie la legislación de los Estados por el nuevo dogma de la “libertad sexual”. La pretensión de Herbert Marcuse y Erich Fromm era que llegase la sociedad a tal estado de sexualidad, que donde quiera que mire un ser humano, allí vea un desnudo indecente. Y lo han conseguido. ¡Señores, caigan todos postrados y adoren! ¡Adoren a la Bestia!:

«Entonces la tierra entera siguió maravillada a la Bestia. Y se postraron ante el Dragón, porque había dado el poderío a la Bestia, y se postraron ante la Bestia diciendo: “¿Quién como la Bestia? ¿Y quién puede luchar contra ella?”» (Ap. 13, 3-4).

“*Si tu ojo derecho te hace caer, sácatelo y tíralo*”: Jesús da un paso más en su exposición teológica hacia las cumbres de la perfección

de la Nueva Ley Evangélica. Así como antes exhortaba a no cometer ni el más mínimo pecado, aunque sea interno, ahora manda huir de las ocasiones próximas de pecado, pero especialmente de este pegajoso pecado de lujuria.

Esta imagen quirúrgica tan drástica no es una invitación a manejar el bisturí, sino a valorar la vida de la gracia por encima de la vida en la desgracia del pecado. Establecer comparación entre la vida natural caduca y el Reino de los Cielos no es de sabios. ¡Qué duda puede surgir entre el fétido lodo y el precioso diamante!

Pero, aunque no te será lícito cercenar tu ojo, sí te será necesario cercenar los objetos pecaminosos que pueden llevar a tus ojos a prevaricar: ¡Aquí corta sin piedad! Y será tanto tu desprecio a cualquier objeto pecaminoso, que lo alejarás de ti con el máximo desprecio, en cuanto pecaminoso: *“tíralo”*.

“Más te vale perder un miembro que ser echado entero en el abismo”: Si para conservar el cuerpo temporal amputamos cualquier miembro del cuerpo, con mayor razón para conservar el alma inmortal.

Si no debes valorar un miembro por encima de ti mismo, ¿qué valor darás a una acción que corromperá tu alma? Para reprimir esta acción letal debes proceder con energía en orden a impedir que te pierdas todo entero.

“Si tu mano derecha te hace caer, córtatela y tírala”: La mano, al igual que con el ojo, debe estar al servicio del amor. Corrompería su actividad si doblegara al hombre entero en el abismo del mal. ¿Para qué sirve una mano que no sirve, o que más bien sirve para perder? ¿No es mejor arrancarla? –La doctrina de Jesús va encaminada a *evitar ocasiones*, no a amputar al hombre.

“Porque más te vale perder un miembro que ir a parar entero al abismo”: La mano derecha es en la mayoría de los mortales más útil que la izquierda (se exceptúan los zurdos), pero, con todo, habrá que cercenar hasta lo más útil con tal de no perder el alma, que vale más que todo el cuerpo junto.

“Está mandado: «el que se divorcie de su mujer que le dé acta de repudio»”: El Señor permitió a los judíos este desafuero en la antigüedad por la dureza de su corazón y con el fin de evitar daños peores:

*«Moisés, teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón, os **per-mitió repudiar** a vuestras mujeres; pero al principio no fue así.» (Mt. 19, 8).*

Se trata de la condescendencia (sincatábasis) de Dios con el hombre. Para conseguir que el pueblo de Dios, peregrino por el desierto, entrara en la tierra prometida, tuvo que permitir el divorcio, pero ahora que Dios ha venido a salvar a los hombres, manda respetar al cónyuge a cualquier precio.

En la actual economía de la gracia no cabe excepción a la ley, el matrimonio es indisoluble. El amor exige esta solidez:

“Pues yo os digo: el que se divorcie de su mujer”: La categórica afirmación de Jesús con énfasis de juramento denota la importancia de la doctrina, que no admite epiqueyas interpretativas.

“Excepto en caso de prostitución (παρεκτὸς λόγου πορνείας)”: La aparente excepción ha recibido varias interpretaciones. Pero ninguna de ellas favorece el divorcio. Tres son las fundamentales interpretaciones:

- 1. Salvo en caso de concubinato.-** Divorciarse de una mujer, que no es esposa, es un deber religioso, una virtud, no un pecado. En este caso no hay divorcio, sino decencia.
- 2. Salvo en caso de adulterio.-** En este caso se permite al marido separarse de su mujer, pero, como el vínculo matrimonial es indisoluble, no pueden volverse a casar.
- 3. Salvo en el caso de mujer abandonada:** Además del adulterio que comete el marido, **hace adúltera a su mujer** al inducirla a un intento de nuevo matrimonio adulterino.

En ninguno de los casos se puede apreciar una fuga hacia la ruptura matrimonial.

Trabaja, hermano, por unir, no por divorciar. Vive para hacer nido, no para dispersar, que ésta es labor de diablo: El adversario (διά-βολος), el acusador, el detractor, el calumniador, es Satanás. Διά es un adverbio. Significa: separadamente, en dos partes, en pedazos, totalmente. Y βολος es la acción de lanzar, poner trampas, lazos. Por lo tanto, διά-βολος es el

que lanza en direcciones opuestas, el que desgarrar, el que divide, aniquila, el que promueve divisiones: divide y enfrenta.

“La induce al adulterio”: El alejamiento del esposo de la vida de la esposa propicia una nueva relación marital, pone a la mujer en estado de irregularidad afectiva induciéndola a compensaciones ilícitas.

“Y el que se case con la divorciada comete adulterio”: Cuatro adulterios se pueden cometer con un divorcio:

1. El esposo.
2. La esposa.
3. La mujer que se une al esposo.
4. El hombre que se une a la esposa.

“Sabéis que se mandó a los antiguos”: De nuevo Jesús alude a la autoría del Sinaí, quedando Él en la penumbra para no suscitar sensibilidades desviadas contra Él.

“No jurarás en falso”: La palabra de un cristiano debe tener más valor que el juramento de un mundano. Por ello sobra todo juramento. De suyo no es agradable a Dios este procedimiento, aunque transige en algunas circunstancias por la poca seriedad que tenemos los hombres. Pero lo que de ninguna manera podrás hacer será jurar en falso. Si ya es gravoso jurar con verdad, ¿qué será con falsía?

“Y «cumplirás tus votos al Señor»”: El voto es un tipo peculiar de juramento, es decir, de compromiso ante Dios ofreciendo algo gravoso a cumplir para agradecerle.

“Pues yo os digo que no juréis en absoluto”: Ninguna necesidad hay de jurar. ¿Para qué hay que certificar lo que se dice? ¿No es esto dudar de la veracidad de lo que se habla? El juramento degrada a la persona, pues la juzga hipócrita y mentirosa.

“Ni por el cielo, porque es el trono de Dios”: Jurar por el Creador de todas las cosas parece comprometer mucho con el cumplimiento de lo jurado. Aunque haya sinceridad en el testimonio que se afirma, no hay honestidad metiendo a Dios en el compromiso de la veracidad afirmada. Dios es santo y no puedes convertirlo en juguete de bagatelas.

“Ni por la tierra”: Jurar por las criaturas parece no comprometer mucho con el cumplimiento de lo jurado, pero Jesús dice que jurar por las criaturas es jurar por aquel que las creó y las conserva en su ser.

Jurar por criaturas, “*por la tierra*”, es atribuir una superioridad que las criaturas no tienen, viene a ser como una idolatría subrepticia.

“Que es estrado de sus pies”: Es una alusión al profeta Isaías:

«*Así dice Yahveh: Los cielos son mi trono y la tierra el estrado de mis pies.*» (Is. 66, 1).

Ninguna criatura es ajena al dominio divino sobre su creación. Sería vilipendiar la creación de Dios, pues se haría un mal uso de la entidad propia de la criatura, propiedad del Creador.

“Ni por Jerusalén, que es la ciudad del Gran Rey”: Jerusalén es aquí imagen de la Jerusalén celeste, no es algo baladí.

“Ni jures por tu cabeza”: Por la sencilla razón de que no es tuya. Tu cabeza tiene propietario, Dios. Por tanto, no puedes ejercer un dominio soberano ni de tu misma persona.

“Pues no puedes volver blanco o negro un solo pelo”: Tan desposeído estás de ti, que ni un solo cabello puedes modelarlo a tu voluntad: dependes totalmente de la voluntad divina. Por tanto, sé moderado a la hora de autodeterminarte.

“A vosotros os basta decir sí o no”: La afirmación o negación de un cristiano tiene la misma firmeza con juramento que sin él, por tanto, no es necesario jurar. Si no tiene esta firmeza la palabra de un cristiano, entonces se trata de un falsario y tiene poco de cristiano.

“Lo que pasa de ahí viene del maligno”: Sólo el demonio puede sugerir la rúbrica de una afirmación cristiana con un juramento.